



trever sentidos místicos a la *Comedia* de Dante Alighieri, finalizaremos comentando que éste le rinde homenaje a Joaquín de Fiore y a su espíritu profético situándolo dentro del Paraíso.

Delno West y Sandra Zimdars, *Joaquín de Fiore. Una visión espiritual de la historia*. México, F.C.E. 1986.

Jorge Luis González Santana

*HERÓDOTO  
Y EL INICIO DE LA RAZÓN HISTÓRICA*

Por vivir en el desamparo y la incertidumbre, en la insatisfacción y la prohibición, los hombres han buscado siempre un motivo que justifique su permanencia en el mundo. Nadie se abandona a la incertidumbre y al azar. Todos, en cambio, hurgan insistentemente en la historia para descubrir y atribuir un sentido a la trayectoria humana.

Herodoto de Halicarnaso (484-425 a. de C.) es el primero de los hombres que concede privilegios al pasado. En su afirmación de que algunas obras y acciones pasadas merecen ser recordadas, su labor ofreció a la posteridad una de las más grandiosas y detalladas visiones del mundo antiguo.

No obstante que emprende el reconocimiento de la temporalidad humana, su indagación histórica se confunde aún con la narración mítica. La historia emerge del mito. Creación poética colectiva, el mito es un relato genealógico que aclara la situación de los hombres en el mundo. Sea en forma de cosmogonía o teogonía, establece que todo lo que existe se encuentra totalmente definido y que, para hacerse



inteligible, es necesario narrar sus orígenes. La existencia de un orden inmanente niega que el hombre sea un ser temporal y que lo acontecido suponga una individualidad histórica. El transcurrir humano se inscribe en una realidad cósmica: su ritmo es cíclico. Al reconocer un orden prefijado y repetible, el mito anula la esencial temporalidad humana; es continuamente *aitía*: alusión constante al ordenamiento cósmico.

Sin embargo, es responsabilidad de los hombres la continuidad de la armonía cósmica. La desmesura hiere al cosmos porque traspasa el límite de nuestro ser, como el de los otros hombres y el de la naturaleza. La medida es el espacio original de las cosas existentes; al ser transgredida acaece el dolor, la desdicha y la catástrofe. Los reyes Creso y Giges, según nos relata Heródoto, sufren por cometer la *hybris*: la desmesura en forma de soberbia o de ansiedad de poder. En los mitos trágicos, los griegos observan que sus héroes hacen depender sus acciones de los designios divinos. En el conocimiento del destino y la libertad, la conciencia trágica se desgarran. Con todo, las acciones humanas se exaltan y son dignas de mención.

Con el creciente predominio del espíritu racional, se afirma la voluntad humana, se desconfía de la interpretación mítica y aparece una temprana conciencia histórica. Heródoto admite haber emprendido sus *Historias* “para que las obras de los hombres no se hundan en el olvido y con el fin de descubrir por qué razones griegos y bárbaros se hicieron la guerra”. En esta declaración se encuentra el propósito de fijar en la memoria de los hombres lo esencial: los acontecimientos que hagan explicable una situación actual. El mito, sumergido en la atemporalidad y la eficacia divina, no podía imputar algún principio de causalidad a los hechos humanos. El anuncio griego de una razón histórica advierte la idea de que los sucesos son únicos e irrepetibles, aunque comprensibles por conexión de causa y efecto: el adveni-



nimiento de la *rerum gestarum*.

Antes de mudarse en *Padre de la Historia*, Heródoto de Halicarnaso viajó para descubrir y describir el mundo.

En el siglo quinto antes de Cristo, la tierra y sus habitantes todavía seducían y causaban asombro. Para incursionar en ella y entender las costumbres, fue necesario el acopio de diversos saberes: los conocimientos etnográficos, geográficos, religiosos e históricos entrecruzan las *Historias*. Pese a su justificado helenocentrismo, Heródoto mantuvo en todo momento una tolerancia discursiva: lejos de emitir juicios apresurados o de anteponer interpretaciones, se esforzó por comprender y hacerse comprender. Al gozar referir con detalle las posibilidades de la vida humana, el historiador antiguo hablaba atractivamente para todos.

Distanciada de la literatura y agobiada por los esquemas, la historia ha perdido su capacidad de emocionar. En la actualidad, a muy pocos le es permitido incursionar intensamente en el pasado. De ello, Jacques Lacarrière había dado muestras en un estupendo estudio sobre los gnósticos, ya vertido al español; ahora, en conjetura y por erudición, acompaña a Heródoto en sus paseos por el mundo bárbaro. Con esta obra se les ofrece a los lectores nuevamente la oportunidad de ser contagiados por el placer de la historia.

Jacques Lacarrière, *De paseo con Herodoto. Viajes a los extremos de la Tierra*, México, F.C.E. 1986. 522 pp.

Antonio Bautista